

ENCrucIJADA PARA EL MUNDO LIBRE

Dos realidades, aparentemente independientes, pero en verdad estrechamente ligadas entre sí, han emergido durante las últimas semanas en el panorama internacional. Por una parte, el asesinato del Presidente Sadat confirmó el auge violentista que se ha apoderado de la humanidad, en términos de haber sumido a nuestra época en un virtual reino del terrorismo. Que con menos de seis meses de diferencia hayan sido baleados el Papa Juan Pablo II, el Presidente Reagan y el Presidente Sadat, no puede resultar más elocuente al respecto.

Por otro lado, la agudización de la crisis polaca amenaza avanzar gradualmente hacia un desenlace que cada día parece más inexorable como expresión del expansionismo soviético, fenómeno que —con muy diversos caracteres, pero idéntico destino— se advierte también en los últimos pasos que se adoptan para transformar a Nicaragua en un Estado marxista-leninista.

Como lo hemos analizado en otras ocasiones, tanto la violencia terrorista como el expansionismo hegemónico son consustanciales a la doctrina marxista, reafirmada y desarrollada al respecto por Lenin, quien refuerza su justificación al exigir para ello sólo que concurra una "correlación de fuerzas" favorable a su exitoso aprovechamiento por esa ideología.

Un marxista doctrinario podrá criticar un determinado acto terrorista por considerarlo ineficaz, motejándolo entonces de "espontaneísta". Pero jamás lo hará fundado en una condenación moral de la violencia ilegítima, ya que su doctrina resulta incompatible con cualquier ética basada en principios objetivos y, al contrario, declara admisible todo acto que de hecho favorezca la revolución que aquélla auspicia. ►

REPORTAJE

De igual modo, un marxista objetará aquellos intervencionismos contrarios a sus intereses, como manifestaciones "imperialistas", pero impulsará toda acción expansionista que con venga a sus propias ansias hegemónicas mundiales, inherentes al "internacionalismo proletario" sustentado por Marx, Engels y Lenin. En tal caso, se declarará apoyar a los "movimientos de liberación de los pueblos".

En dicho contexto, el reino universal del terrorismo al cual asistimos surge como uno de los instrumentos más nítidos y audaces del comunismo internacional, dirigido desde Moscú.

No se trata, por cierto, de adjudicar al marxismo todos y cada uno de los atentados terroristas que se cometen en el mundo. Los hay, sin duda, que obedecen a inspiraciones diferentes, y aun quizás opuestas a esa doctrina. Sin embargo, a nuestro juicio, se imponen al respecto, dos precisiones importantes.

La primera de ellas es que cierta parte de la violencia terrorista que se ejerce en nombre del anticomunismo, o a la cual se tilda de "extrema derecha", puede responder a una infiltración roja que la estimula como "agente provocador", sobre lo cual existen múltiples evidencias ya comprobadas históricamente durante este siglo.

En efecto, ese terrorismo real o presuntamente "anticomunista" que hoy se registra, será siempre limitado en su extensión e ineficaz en sus resultados, por su incompatibilidad con cualquier doctrina humanista o mentalidad libertaria en que requeriría apoyarse, a fin de extenderse o prevalecer. Pero su existencia brinda, en cambio, el invaluable fruto de permitirle al comunismo declararse víctima de ciertos actos de violencia, y aparecer así a lo menos "compartiendo" su ejercicio y sus daños, aun para los analistas más objetivos (aunque a ve-

ces superficiales) del acontecer internacional.

La segunda observación a este propósito, es que aun cuando existen actos terroristas efectivamente desligados de toda inspiración marxista directa o indirecta, ello no borra el hecho incuestionable de que el **grueso** del terrorismo que hoy invade al mundo tiene origen comunista. Más aun, cabe afirmar sin riesgo de error, que no existe ningún centro **organizado** de irradiación del terrorismo a nivel **internacional** que no esté inspirado desde Moscú, sea a través de su acción directa o de sus diversos satélites, como Libia, Cuba y otros. Y la magnitud del auge terrorista que presenciarnos sólo se explica desde una perspectiva de dimensiones internacionales.

La extendida tendencia a criticar el terrorismo "venga de donde venga" revela una raíz ética de indudable valor, pero a menudo aparece formulada de modo equívoco o insuficiente, eludiendo así la denuncia y responsabilización del comunismo como su principal -y virtualmente exclusivo- agente de envergadura o relevancia internacional.

En realidad, uno de los aspectos más interesantes en el análisis de la estrategia marxista en el mundo consiste en observar su utilización -y, más allá de eso, su estímulo- de **toda** erosión del orden establecido en aquellas sociedades que el comunismo aun no controla.

Cualquier antinomia posible que divida al cuerpo social de esos Estados con caracteres irreductibles (o a lo menos gravemente desquiciadores o antagónicos) encuentra en dicha ideología su más resuelto impulsor, aunque ésta siempre eluda en tales casos mostrar abiertamente su verdadero rostro e influencia.

Las rebeliones juveniles o generacio-

nales, que arreciaron en Occidente con especial fuerza en la década del 60; la mayoría de los movimientos de "liberación femenina" que se esparcen con similares consignas a través del mundo y, en fin, las luchas de fanatismo religioso que presenciamos hoy en el Medio Oriente, constituyen útiles caldos de cultivo para los afanes antagonizantes del marxismo. Podrá discutirse la mayor o menor fuerza inspiradora de éste en cada caso, pero en todos ellos se advierte al menos su contribución y el aprovechamiento de sus efectos.

En el fondo, y miradas las cosas en profundidad, los actores de tales pugnas vienen a jugar una suerte de papel de **reemplazo del proletariado** en aquellas sociedades en que la antinomia entre burgueses y proletarios resulta anacrónica o inaplicable. El antagonismo irreductible del marxismo cambia así sus protagonistas, pero no pierde su utilidad para la lucha dialéctica que auspicia.

En cuanto al sistemático incremento de la acción expansionista del comunismo, resulta interesante observar cómo él se verifica en lugares previamente muy bien calculados por éste, en cuanto a hacer impracticable una respuesta bélica eficaz de parte de Occidente y, más específicamente, de Estados Unidos.

En el caso de Polonia, está el escudo político que representa el reparto del mundo convenido entre los aliados victoriosos después de la Segunda Guerra Mundial, donde Roosevelt y Churchill aceptaron o permitieron que la Unión Soviética anexara media Europa —amén de otros territorios— a su hegemonismo totalitario.

Vemos al parecer consumarse en la Nación polaca lo mismo que sucedió en Checoslovaquia en 1968, o antes en Berlín (1953) y en Hungría (1956), caso este último a cuyo respecto pu-

blicamos en esta edición un artículo ilustrativo de la forma en que operaron el imperialismo rojo y la pasividad occidental.

En el caso de Nicaragua —y próximo a ella en El Salvador, país en que la guerrilla ha asestado importantes golpes en su favor durante las últimas semanas— el factor paralizante para Estados Unidos es otro, pero igualmente difícil de superar. Ahí se trata de una mezcla de condiciones geográficas y de idiosincrasia, que virtualmente inutilizan la potencialidad militar norteamericana. Algo en cierto modo semejante a lo que quedó comprobado en Vietnam.

Se trata de realidades en que la victoria militar norteamericana sería casi imposible. Y aun si ésta se produjera, la hipotética secuencia posterior no se advierte clara, ni quizás viable.

Juega al efecto un elemento que suele analizarse poco, pero que estimamos de la mayor importancia. Nos referimos a que mientras el comunismo puede imponer su sistema totalitario avasallando por la fuerza y el terror toda resistencia u obstáculo proveniente de la idiosincrasia de un pueblo (y aún así ello le resulta arduo en casos como el de la geografía y el pueblo afgano), el régimen de libertad a cuyo servicio ha actuado o actuaría el poder militar norteamericano, por definición no cabe imponerlo coercitivamente.

Dicho en otras palabras, ¿qué haría Estados Unidos si llevase a cabo una supuesta acción militar exitosa en Nicaragua, descartada obviamente la eventualidad de una imposible anexión?

En ese supuesto teórico, pensar que bastaría permitir a los nicaragüenses o a los salvadoreños "decidir su propio destino", no pasa de ser una ingenuidad o una frase retórica. Probablemente no aptos aún para una de-

mocracia plena y estable, esos países se verían probablemente requeridos a establecer una forma más abierta o disimulada de dictadura o gobierno autoritario, como única alternativa posible frente al comunismo.

Y eso aparece en tales Naciones una carta ya probada —con patrocinio norteamericano— y fracasada por el desprestigio popular en que cayeron sus Fuerzas Armadas y sus sectores político-sociales dominantes, como fruto de su ineficacia y su corrupción, elementos que tal vez volverían a prevalecer.

En tales condiciones, el panorama no se presenta nada fácil para la política estadounidense, ni menos halagüeño en sus perspectivas globales previsibles.

Como telón de fondo del enfrentamiento entre el imperialismo soviético y el mundo libre, se yergue el fantasma de la crítica situación en que éste último atravesará a partir de 1982, en la confrontación nuclear planteada entre las dos superpotencias mundiales.

Sabido es que el año próximo, la Unión Soviética alcanzará una potencialidad nuclear capaz de destruir, en un eventual primer y sorpresivo ataque, todos los misiles norteamericanos asentados en tierra. En tal hipótesis, el poder nuclear submarino que restaría a Estados Unidos sería insuficiente para una réplica que tuviese igual resultado frente a los soviéticos.

Ahora bien, el eje de la estrategia del poderío nuclear, desde un punto de vista disuasivo, reside en el equilibrio entre ambas potencias, derivado de la capacidad de ambas para replicar un posible ataque sorpresivo a su armamento nuclear, con una destrucción equivalente del que posee el adversario, pero sin verse obligado a responder afectando directamente **ciudades o urbes pobladas**.

Perdido que sea ese equilibrio en perjuicio de Estados Unidos desde el año próximo, ello colocaría a este país —para el evento de un ataque soviético certero a sus misiles terrestres— ante la disyuntiva de tener como única respuesta eficaz posible, la destrucción de ciudades o centros soviéticos poblados, con la consiguiente responsabilidad moral y política de aparecer como iniciador de un holocausto mundial de proyecciones aterradoras e insospechadas.

Mientras la nueva política nuclear norteamericana no restablezca el mencionado equilibrio, lo cual no se prevé factible antes de 1985, Occidente vivirá por tanto un período crítico, durante el cual el imperialismo soviético sin duda intentará aprovechar la aludida ventaja, como un elemento de presión que opere por presencia para sus aspiraciones hegemónicas.

En tal cuadro, el terrorismo y la acción expansionista antes comentados, seguramente arreciarán en toda su peligrosidad, como verdaderos arietes de la táctica y acción del comunismo en el mundo.

R